

VINE, MAESTRO

Grupo Claudia Bonini, , ICSOH-UNSa-Conicet

Lucrecia Ramos fue actriz, directora, dramaturga y docente salteña. Inició su actividad en 1978 en el histórico grupo Peña Española. Como actriz, fue dirigida por Mercedes “Pelusa” Ramos, Eduardo “Chacho” Siuffi, José Antonio Lázari. A partir de 1992 inicia su actividad docente en distintas instituciones y grupos. Además de actuar en teatro, tuvo participaciones importantes en cine, bajo la dirección de Alejandro Arroz, y en publicidad. En sus últimos años concentraba su actividad como docente en la cátedra de Improvisación y técnicas de actuación en el Instituto Superior del Profesorado de Arte y de los talleres de Iniciación en teatro para niños y adolescentes, dependientes de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.

A través de una beca otorgada por la Fundación Banco del Noroeste, viajó a Buenos Aires en 1982 donde se formó con el maestro Agustín Alezzo. Esta entrevista se realizó al regreso de Lucrecia y reflexiona sobre la relación entre las prácticas teatrales en Salta y la capital del país. A través de la memoria de sus primeros pasos en la carrera teatral, da cuenta de su acercamiento al teatro y de sus experiencias con el grupo independiente de la Peña Española. Es interesante constatar, hacia 1985, la importancia que tenía para los hacedores teatrales de provincia la formación en Buenos Aires, donde podían encontrar recursos que en las localidades de origen no existían.

Lucrecia Ramos falleció el 11 de octubre de 2020, el mismo año que Antonio Lázari, director de la Peña Española, también mencionado en esta entrevista. Sirva de homenaje a sus personas y labores.

Entrevista de Ramiro Peñalva a Lucrecia Ramos en 1985 recuperada del Archivo CBAS¹.

RP: ¿Vos qué hacés, Lucrecia Ramos, por el teatro?

L: Yo pienso que es como a mucha gente le ocurre: descubre cosas tanto en el teatro, la pintura, la danza. A mí en la escuela me gustaba mucho en cualquier fiesta que teníamos levantar la mano para salir a decir un verso. De allí estaba cursando cuarto año en la Escuela Normal y comienzan aquellos lindos certámenes estudiantiles a nivel secundario de teatro y me inscribo. Van por cada curso preguntando a quién le

¹ Ramiro Peñalva realizó, a lo largo de la década del '80 y primera mitad del '90 una serie de entrevistas que servirían de material para publicaciones en el diario *El Tribuno*. La presente desgrabación se realizó a partir de material disponible en el Fondo “Raquel Peñalva” de la Mediateca e Iconoteca de la Coordinación de Bibliotecas y Archivos de Salta.

interesaba y me inscribo. Ahí comenzó todo: me inscribo, me llaman, hacemos una prueba. Todo a nivel estudiantil. En la muestra estaba el Sr. Claudio García Bes de jurado en esa época, por allí viene el quinto año y con otra propuesta que quedó frustrada porque la señora que dirigía se fue del colegio. De allí en más comienzo la facultad, a prepararme para comenzar la facultad. Llega a Salta la Señora Mercedes Ramos, me entero de ella, voy a verla porque yo sentía ciertas cosas dentro mío y digo “bueno, soy honesta, hacer cosas en la escuela me parecía muy fácil y que lo podía hacer”.

Fui a verla, hice un curso de casi dos años con Mercedes Ramos. La señora pertenecía a la Municipalidad de la Provincia de Salta, me invita y me lleva a escuchar y ver el grupo independiente de la Peña Española. Ahí estuve medio año observando, ayudando hasta que un día esta señora me da un reemplazo en *La depresión* de Julio Mauricio. Con mucho miedo porque ya no era el nivel colegio, era otra cosa. Lo que yo le voy a agradecer a esta señora siempre, a esta gran amiga, es la confianza que tuvo en mí, decirme “Vos podés”. Así fue *La depresión*. Pasó con grandes miedos, Pelusa se va de Salta, lamentablemente, porque realmente es un gran valor humano y lamentablemente la perdemos, se va de la provincia. Quedó el grupo de la Peña Española y terminamos *La fiaca*. Con gran entusiasmo ella empieza a preparar *La Fiaca*, donde me da una participación en el papel protagónico. Deja ya todo puesto y se va. Y allí, perteneciendo siempre al grupo de la Peña Española termina *La fiaca* y yo comienzo a descubrir en mí cosas muy lindas, muy importantes y que realmente me gratificaba en todo aspecto.

Yo tenía muchos problemas familiares en ese entonces, aun así me di cuenta que me di tiempo para eso sin mezclar mis problemas familiares, que era mi madre en ese momento, con el teatro. Termina *La fiaca*, con gran entusiasmo, con muchas ganas de seguir trabajando, lo cual tuve compañeros que aún conservo, José Lázari es un gran luchador, una persona muy trabajadora. Intentamos *El gran deschave*. *El gran deschave* nos costó muchísima. El papel que me tocó en ese momento era muy difícil, con muchas facetas, con muchas búsquedas, para lo que me ayudó José Luis. Sale *El gran deschave* con mucho éxito, creo que estuvo dos años en cartel, con giras en el exterior, trabajamos para la Dirección de Cultura que nos envió al interior a trabajar y así se conoce en la capital y fuera de la capital el grupo de la Peña Española. *El gran deschave* da paso a *No hay que llorar* de Roberto Cossa. Ya en ese momento yo tenía, porque Mercedes Ramos me dijo en una oportunidad “Lucrecia, realmente pasa el tiempo y ves que esto es lo tuyo, lo que te gusta. Podés irte a

Buenos Aires a estudiar, andá a Buenos Aires”, ya estaba en mi la inquietud de viajar. Buenos Aires era mi sueño por una parte de estudiar de un maestro del que ella venía: Alezzo. Quería estudiar teatro, quería ir, pero para mí era imposible por mi madre, por problemas de dinero no me podía ir a Buenos Aires. Termina *No hay que llorar*, muere mi mamá y me planteo cosas.

La persona que más me necesitaba no está, ella me ayudó mucho todo el tiempo que estuvo enferma, me apoyó en lo que yo estaba haciendo en lo que había emprendido que es el teatro, digo: “Este es el momento, voy a alzar vuelo” ¿Por qué? Porque yo tenía una necesidad, importante pienso para un actor, yo pertenecía a un grupo amateur, fui a ver lo que pasaba con esta señora, me planteé en un momento dado: “Si no sirvo, si no doy, sola me voy a dar cuenta y voy a seguir otra carrera”. Pero ya estaba dentro mío, me atrapó totalmente e ir a Buenos Aires significaba ampliar mis conocimientos, que no lo podía hacer en la provincia. Llegó un momento en que *El gran deschave* y *No hay que llorar* llegaron a un punto que dije “no, si realmente quería seguir haciendo cosas en la provincia, a más niveles, tenés que ir a buscar cosas, formación porque acá lamentablemente no están dadas todas las posibilidades en cuanto a teatro”. Queríamos leer libros pero no se podía, queríamos ver un espectáculo de teatro y no podíamos. Hay gente que puede hacer ese viaje a Buenos Aires y ver y para nosotros era imposible. Ir a Buenos Aires significa ver espectáculos, formarme, visitar otra gente, aprender, comprender, comprender lo que realmente era el teatro: formación para volver a la provincia.

RP: Entonces se produce la partida... ¿en qué año?

LR: Estamos en el 85... en el 83, finales del 82. Comento que me iba a Buenos Aires. Gente amiga que me dijo: “Lucre, hacé un intento, no te podés ir así, sin nada, sin saber si allá vas a poder conseguir un trabajo allá, con una mano atrás y otra adelante como quien dice”. Presenté los trabajos que yo había realizado en Salta a una institución privada y tuve suerte porque me di cuenta que yo siempre digo “Uno cuando trabaja y va por el camino y pone su semilla ve después el fruto”. Y ahí tomé conciencia de que no se me daba por dar un apoyo económico sino que había costado trabajo. Se me da una beca de la Fundación del Banco del Noroeste de la cual yo nada más que la tengo dos o tres meses. Por problemas de la Fundación me hace saber por una carta de que era demasiada plata la que me estaban dando en comparación con lo que se le estaba dando a un alumno universitario en Salta: no se me podía dar más dinero. Quedo un poco desanimada pero igualmente estoy

agradecida porque los primeros pesos que ellos me ayudaron significaron para mi ubicarme en un lugar físico, conocer gente al comienzo y poder ver espectáculos en Buenos Aires. Si después no me pudieron mandar dinero, yo de allá no podía hacer nada, era inútil. Birza hizo una nota que llegó a Salta porque el momento que estaba pasando era bastante dramático. Pero ante todo, ahí descubrí que yo amaba el teatro. Pese a esta cosa, no tener un peso, ni donde dormir o comer yo seguía asistiendo a mis clases de Danza, teatro, formación corporal, foniatría, tragedia griega. Todo con Agustín Alezzo y bueno, me aguanté ese año. Digamos que por trabajo también aprobé la evaluación del primer año que volví de nuevo con Alezzo.

Al ingresar pensé que era fácil, que iba a ir, me iba a inscribir y tomar clases. Llego a Buenos Aires, que solo conocía por paseo, y descubro que hay que rendir un examen, una presentación con él, una charla con respecto a las expectativas que uno tenía, a qué iba. Y una segunda entrevista, una prueba donde había que presentar un relato, escrito y memorizado como son los exámenes de teatro y actuado de 15 minutos de duración. Aparte de eso, como ya él sabía que yo había hecho teatro en la provincia, me pedía de cualquiera de las obras que yo había hecho acá un pequeño monólogo. Lo preparé, lo presenté y la gran alegría en mi fue cuando dijo “La puerta de este taller están abiertas”. Éramos 250 chicos de todas las edades, de Mendoza, La Plata, Buenos Aires, del Norte era la única en ese momento yo. Quedamos nada más que 50-60 chicos que en la actualidad somos 30 nada más, porque como todo se va decantando, se va quedando gente. Estoy muy contenta porque segundo año ya también uno va descubriendo cosas, a parte él es un gran maestro, un gran ser humano. Me golpeé muchísimo al comienzo porque si bien yo pude haber tenido y tengo talento hay muchas cosas que uno no se da cuenta porque el otro te dice “qué bien que estás, que histrionismo que tenés, que gran actriz que sos” y yo reconozco haber sido muy ingenua, por no decir otra palabra, y tomar muy a pecho eso, pero gracias a eso me fui de acá, porque ese fue el espaldarazo, el empujón, para que yo saliera de la provincia a aprender y volver a ella.

Este señor me hizo sentir prácticamente de siete meses. Él nunca estaba conforme conmigo y a mí una persona me dijo en Buenos Aires: “¿todavía no te hizo llorar?” y yo le dije: “no, qué me va a hacer llorar”. A los seis meses me hizo llorar, porque me exigía y me exigía. Un día trabajé tanto con unos compañeros, al máximo para presentar mi trabajo de interpretación donde nos agrupábamos cinco o seis chicos, preparábamos la historia, la grabábamos, hacemos un análisis, memorizábamos y eso había que mostrar al maestro. Donde mis compañeros dijeron

qué buen trabajo hicieron pero él dijo: “Lucrecia está bien, si yo la voy a ver en teatro común, público o un director yo le diría que hizo el trabajo muy bien, que hizo un buen trabajo”. Yo le digo que eso no quiero. Yo no entendía realmente y no aguanté, porque realmente ese trabajo para mi significó horas y horas junto con mis compañeros para presentar lo que pensaba yo que el maestro quería. Exploté y le dije: “¡Qué es lo que quiere!” qué es lo que quiere, dije llorando. Como es él, se levantó y dijo: “chicos tienen diez minutos para tomar un café” y no me dio un cinco de bolilla y se fue. Yo no sabía qué iba a ser. Mejor me voy a estudiar a la facultad, yo no sirvo para esto, no encontraba el camino. No logré ingresar a la segunda hora porque me sentía muy mal y me fui a mi casa.

Me encontré sola preguntándome a mis paredes qué me pasaba, qué era lo que este hombre me pedía, si yo había elegido bien el camino. Me planteé el camino y me di cuenta que lo que yo realmente tenía no era yo misma, yo quería ser la otra, la negra de Salta, la Lucrecia Ramos y al no ser yo misma mis personajes o los que preparábamos eran falsos. Él nunca me dijo nada. Nosotros decimos: te vas a rendir y te bajaron la caña. Yo le decía: usted me baja siempre la caña. Él nunca estaba conforme, y hoy estoy muy agradecida porque gracias a eso, al haberme bajado todas las clases, nunca estar conforme y no decirme qué tenía que corregir sino él dejó que yo me diera cuenta sola. Cuando volví a clase había hecho una apuesta con los alumnos, mis compañeros habían dicho que la Negra salteña no volvía, y él dijo que yo apuesto lo que quieran que va a volver. Volví con la política de terminar aunque sea el primer año. Cuando él me descubre en clase me dice: “¿qué tal cómo le va, cómo anda?” como si nada. Yo estaba destrozada: “vine, maestro”. [...]